

APRENDER A HACER

Jorge Yarce

“Para saber lo que debemos hacer, hemos de hacer lo que queremos saber” (Aristóteles). No basta pensar, ni basta querer: hay que, dicho literalmente, ponerse manos a la obra.

Eso significa, aprender a trabajar, haciendo el trabajo en su sentido más primario y elemental: hacer bien lo que debemos hacer.

No es fácil lograrlo ni explicarlo, porque a pesar de lo mucho que se haga, sólo si interioriza lo que hace, entonces se puede decir con propiedad que se obra. Y sólo si se obra se puede lograr lo que se quiere.

De lo contrario el hacer se convierte en activismo. No se trata de un juego de palabras para llamar la atención, sino de una dura realidad que se constata cada día.

Hay mucha gente hace constantemente, muchas veces ayudado por la tecnología que, en ciertos campos, reemplaza el hacer humano. Pero la persona no se limita a ese hacer. Por su estructura va más allá, está llamada a apropiárselo de una manera inteligente.

En esto consiste el obrar: hacer un trabajo cualquiera quedándose, por decirlo así, con el control de la situación. No dejando que cualquier forma del hacer humano absorba a la persona, la supedite, la controle. Por decirlo de otro modo, hacer produce unos resultados externos a mí.

Obrar es lo que queda en mí, no lo meramente exterior sino el producido de la acción para quien hace determinadas cosas.

El activismo es ante todo una deformación del trabajo hecho con sentido. El activista depende de lo que hace, incluso llega a ser esclavo de lo que hace, en tal forma que no se puede estar sin hacer aquello, porque le parece que nada distinto al trabajo le trae satisfacción.

El trabajo desgasta al activista. Acaba por hacerlo menos bien porque está pendiente más de lo accesorio y secundario, desechando lo principal e importante. Puede ser eficaz pero no eficiente o también al revés, cuando se permanece demasiado tiempo en el cómo hacer las cosas y el trabajo no rinde.

El activista quema muchas energías pero no saca adelante los objetivos que se propone porque le falta disciplina para trabajar horas seguidas sin interrumpir ni ser interrumpido.

El activista es fácil presa del materialismo y del consumismo. Para el activista hay tiempo para todo, pero no para lo indispensable: asumir el trabajo en una visión personal que eleva y dignifica.

Ante los objetivos culturales, intelectuales, espirituales, la respuesta del activista es "no tengo tiempo", "no me alcanza el día", "tengo demasiadas cosas entre manos".

Riesgos del activismo

Otros síntomas de activismo: empezar y acabar sin pensar antes en qué se va a hacer y cómo se va a hacer. Mientras se hace no hay detenimiento para una breve reflexión de cómo van las cosas, cómo me siento y cómo se sienten los demás conmigo. No se evalúan los resultados de lo que se está haciendo y, al final, si se hizo todo lo que se había propuesto.

Normalmente domina el hacer continuo, con los altibajos de las interrupciones, de las faltas de atención del volver a un punto anterior, de las distracciones provenientes de fuera de nosotros, de las interrupciones provocadas por otros. La rutina está al acecho. No la que proviene de hacer las cosas en forma estable y permanente, aunque sean siempre las mismas, sino el acostumbramiento a hacer las cosas del mismo modo, que degenera poco a poco en mediocridad. No depende de la cantidad o de la calidad de lo que se haga. Depende, más bien, de si se tiene un control personal de lo que se hace.

El riesgo que se corre es muy claro: tener todas las capacidades y habilidades necesarias para producir, para generar resultados, pero si lo que queda en la persona es únicamente la fatiga del trabajo, se produce un desdoblamiento, una separación contraria a lo que debería ser. Esta es la causa de muchos cansancios mentales, de

muchos desencantos con la vida de trabajo, con un determinado trabajo cuando pasan muchos años de estar haciéndolo. A veces se desconoce la causa o nos desesperamos en su busca, o acabamos por pensar que es el destino que nos tocó y que no hay nada que hacer al respecto, cuando en realidad se trata de un desenfoque de la actitud ante el hacer.

El activista cose con aguja sin hilo porque hace cosas pero no progresa interiormente. Incluso algunas veces va para atrás o le parece estar anclado, se siente seco y estéril. No sabe exactamente lo que hace y acaba por no saber exactamente lo que quiere.

Llega un momento en que lo único que hace es seguir trabajando más y más, sin parar, como si a fuerza de un quehacer descontrolado se pudiera llegar a lo importante.

El activista acusa pereza mental, una pereza activa que lo domina y le lleva a resultados interiores pobres o escasos. Invade al activista una especie de ansia en lo externo y en la superficie de su trabajo, pero en el fondo siente indiferencia. La entraña está vacía, y el exterior está pleno de cosas sin un centro que las gobierne. Por eso es muy cambiante.

En cierto modo el activista en un espíritu pobre que se defiende con las apariencias, y vive de sus logros pasados.

Reacción al activismo y motivaciones

Frente al activista surge la persona que hace sabiendo lo que hace y para qué lo hace: para producir unos resultados, unos beneficios materiales o económicos, un servicio; pero también para desarrollarse personalmente, para incrementar su capital intelectual y para contribuir a la sociedad que le circunda. Hacer, pensando únicamente en lo que hay que hacer, es poco.

Es necesario plantearse los porqués y paraqués de la acción, y evitar el simple encadenamiento de acciones porque sí, porque toca, porque a uno le pagan para eso...

Hay que hacerse, implícita o explícitamente, la pregunta: ¿qué hago yo aquí?, lo que hago, ¿lo hago a gusto?, lo que hago, ¿me hace crecer como persona? De pronto me encuentro con una posible respuesta que me dice que mi modo de ser es el de un activista en el trabajo.

La persona activista se sienta vacía y la persona activa, que convierte el hacer en obrar, a través de su actividad crea espacios de vida interior, de enriquecimiento de la intimidad.

La consistencia del quehacer depende más de la forma de hacerlo y de sus repercusiones interiores. Otra cosa es que no se quiera pensar en ellas. Si no se admite la implicación que tiene, se aplaza algo inevitable, que se presentará en el futuro de todos modos, si no hay un poco de reflexión frente al tema.

También es cierto que hay personas que pasan por su trabajo como por entre un túnel, al final de cual salen jubilados. Si la vida se les ha ido en trabajar y trabajar, tendrían al menos la necesidad relativa de preguntarse algunas veces por el resultado interior de años y años de trabajo.

Una típica actitud del activista es moverse de un lado a otro antes de empezar a hacer. No se concentra en el quehacer o se concentra de modo que se le olvida que tiene otras obligaciones, que se trabaja para vivir, no que se vive para trabajar.

El activismo es una nueva idolatría, la de la acción por la acción, la de llegar por llegar, al precio que sea, con tal de conseguir unos resultados. El activista sustituye valores: el tener es mucho más que el ser.

Las motivaciones del activista tienden a invertirse. Siguiendo la clasificación de Pérez López, le pueden más las externas o extrínsecas, como el dinero, la salud física, el placer sensible o el bienestar material. Las intrínsecas o interiores, como saber, desarrollar aptitudes, dirigir u organizar, se supeditan a algo personal, cargado de egoísmo y vanidad, que no deja vislumbrar la satisfacción que es una manifestación de que uno se siente realizado con su trabajo.

Desde ahí es más fácil conectar con las motivaciones trascendentes, las que llevan al servicio a los demás y a la sociedad, a la amistad o a la solidaridad.

El activista piensa más en sí mismo que en los demás, y lo que le importa es lo que él tiene y lo que él sabe, más que el darse a los demás.